

se encuentra sola en el mundo. En 1830, la Inglaterra era la única nación que no estaba empeñada de un modo directo en la cuestión política que había dividido á las naciones, en 1838, la Francia es la única nación que no está comprometida de un modo directo en la cuestión del Oriente. En 1830, la alianza de la Inglaterra con la Rusia hubiera causado quizá la desmembración de la Francia; en 1838, la alianza de la Francia con la Rusia despojaría á la Inglaterra del más rico florón de su corona, despojándola de la India, y arrebataría de sus manos para siempre el cetro de los mares. La Inglaterra, pues, es en 1838 lo que fué la Francia en 1830, y la Inglaterra fué en 1830 lo que es la Francia en 1838. Por lo demás, el poderío que ahora tiene la Francia, y el que tuvo antes la Inglaterra, reconocen un mismo origen y un mismo fundamento. La posición insular de la Inglaterra fué causa de que nada tuviera que temer de las guerras que hubieran podido levantarse en Europa con la terrible sacudida de la revolución de Julio, y la posición geográfica de Francia es causa de que nada pueda temer del desarrollo territorial de la Rusia, y de que pueda ser, si así cumple á sus deseos, pacífica espectadora en la cuestión del Oriente.

Tres rumbos puede seguir la Francia en el caso de un rompimiento definitivo entre la Inglaterra y la Rusia, á saber: la alianza rusa, la neutralidad y la alianza inglesa. Si prefiere la alianza inglesa, todos los esfuerzos de la Rusia para conquistar la Inglaterra son estériles; porque sólo teniendo la Rusia por amiga una nación poderosa en los mares como la Francia, puede conquistar, y conservar después de conquistadas, aquellas vastas regiones; pero en cambio de este gran beneficio, ningún aumento de poder puede recibir la Francia de la Inglaterra. No puede recibir de ella sus antiguas fronteras, porque la Inglaterra, por su posición insular, no es bastante poderosa para influir en las divisiones territoriales del continente; no puede recibir de ella un aumento de su poder marítimo y comercial, porque la Inglaterra no puede compartir, sin perecer,

el monopolio y el señorío de los mares. Por donde se ve que con la alianza inglesa nada recibe la Francia en cambio de lo que da, siendo de todo punto estériles sus sacrificios. Si prefiere la alianza rusa, entonces la Inglaterra habrá de sucumbir, porque la Rusia contará con el apoyo de una nación marítima, mientras que la Inglaterra estará sola en el mundo, sin amigos ni aliados. El Austria y la Prusia, que la tenderían de buen grado una mano llena de socorro, se verán obligadas á permanecer en una completa inacción, porque la inacción es la ley de la Alemania siempre que la Francia y la Rusia están unidas. Jamás los pueblos alemanes se movieron libre y desembarazadamente sin estar apoyados en la Francia contra la Rusia, ó en la Rusia contra la Francia. La alianza rusa traería para la Francia las consecuencias siguientes: 1.^a La Rusia, en cambio de su dominación oriental, objeto fijo de sus ambiciosas pretensiones desde los tiempos más remotos, renunciaría de buen grado á sus proyectos de influencia sobre la confederación germánica, y á su engrandecimiento por la parte de Occidente. — 2.^a Supuesto este cambio en su política, la Rusia daría á la Francia sus fronteras del Rhin, consentiría su influencia en los Estados alemanes, y para darle una prenda segura contra futuras é imprevistas contingencias, consentiría en el restablecimiento de la independencia y de la nacionalidad de Polonia. — 3.^a Estando subordinada para la Rusia, su dominación marítima á su dominación territorial, y no ambicionando la primera sino como indispensable complemento de la segunda, miraría sin sobrecejo la dominación francesa en las costas africanas; la acrecentaría tal vez con la posesión del Egipto, como piensan algunos graves escritores, y no pondría obstáculos á su influencia en la península española. En fin, si la Francia prefiere la neutralidad, entonces renunciará á casi todas las ventajas de la alianza rusa, y evitará todos los inconvenientes de la alianza inglesa, reservándose sólo para sí la majestad propia de quien tiene la conciencia de que se halla revestida de un supremo arbitraje.

¿Cuáles de estos rumbos será seguido por la Francia? Y ¿cuál será, en cada una de ellos, su interés con respecto á la cuestión española? En cuanto á lo primero, sólo diré que es muy difícil adivinar por ahora la línea de conducta que seguirá la Francia en la cuestión de Oriente; porque, si por una parte reclaman de ella la neutralidad ó la alianza rusa sus verdaderos intereses, por otra la alianza inglesa será altamente reclamada por las preocupaciones políticas. Lo que desde ahora puedo afirmar sin temor de ser desmentido por los hechos, y lo que está fuera de toda duda, es que si el Rey de los franceses reina y gobierna, la alianza rusa prevalecerá sobre la inglesa, así como si la prerrogativa Real es vencida por la prerrogativa parlamentaria la alianza inglesa prevalecerá sobre la rusa con menoscabo de los intereses territoriales y marítimos de la Francia. Pero sea de esto lo que quiera, lo que más conviene á mi propósito es demostrar cumplidamente que el Gabinete francés, ora se declare neutral, ora se decida por la Inglaterra, ó bien se ligue con la Rusia, en ningún caso puede exponerse á un rompimiento de hostilidades con el Norte por su intervención en las cuestiones del Mediodía; y, por consiguiente, que, teniendo mucho que esperar, nada tiene que temer por su intervención en los asuntos de la península española.

Si la alianza inglesa es la que prevalece, el Gabinete francés, ora intervenga, ora se abstenga de intervenir en la cuestión española, se verá obligado á guerrear contra la Rusia; y ora intervenga, ora se abstenga de intervenir, estará en paz con la Alemania. Que estará en paz con la Alemania absteniéndose de intervenir es claro á todas luces, y que, aun interviniendo, esta paz no será rota, parecerá cosa fuera de toda duda si se advierte que si por una parte el Austria y la Prusia están interesadas en el triunfo del despotismo en la península española, por otra están más interesadas aún en el abatimiento de la Rusia, llegado que sea el caso de decidir la cuestión del Oriente. Ahora bien: como el abatimiento de la Rusia no puede verificarse sin la alianza francesa, ni la alianza francesa podría

conservarse, en el caso de la intervención, sin que ésta intervención fuese consentida por el Austria y por la Prusia, el Austria y la Prusia la consentirán indudablemente sacrificando sus intereses políticos á sus intereses materiales, la cuestión española á la cuestión europea.

Si la alianza rusa es la que prevalece, la Francia estará igualmente exenta de temor, igualmente desembarazada y libre para intervenir en la cuestión española. Esta opinión parecerá á primera vista extraña, porque, á la verdad, ¿cómo es posible concebir que, siendo el Gabinete francés aliado del autócrata del Norte, puede intervenir desembarazadamente en nuestros negocios interiores? ¿Cómo es posible concebir que pueda arrojar en favor de la libertad su espada, sin que detenga su mano la mano del Rey del Polo, y sin que paralice su acción con su inexorable veto? Y, sin embargo, según mi modo de ver, con la alianza rusa quedaría el Gabinete francés más desembarazado aún que con la inglesa para intervenir en los asuntos de España. Esta opinión es tan contraria de suyo á la opinión por todos recibida, que para afirmarla en sólidos fundamentos no estarán de más algunas explicaciones.

Como por una parte el Gobierno de la Rusia es despótico, y como por otra se le ha visto intervenir en todas las grandes coaliciones formadas contra la Francia y en todos los Congresos de los Reyes, de aquí nace la creencia vulgar de que la Rusia es la más interesada en destruir los gérmenes de libertad derramados por la Europa. Este es un error, y un error grave; y no lo es porque la Rusia sea amiga de la libertad de los pueblos, sino porque no está directamente interesada en destruir en el Mediodía de la Europa las instituciones libres; y no estándolo, su sentimiento dominante no es el odio, no es el amor; es sólo la indiferencia. Si esta opinión parece á primera vista contraria á los hechos, esto consiste en que los hechos están mal comprendidos por haber sido mal explicados. Es verdad que la Rusia intervino en todas las coaliciones contra la Francia en tiempo de la revolución de 1789, pero no inter-

vino por odio á una revolución de cuyos principios nada podía temer directamente; intervino con el pretexto de la revolución, para extender su influencia por la Europa y asegurarse un voto decisivo en sus negocios interiores. Es verdad que intervino en los tratados de 1814 y de 1815, pero intervino sólo para debilitar á la nación francesa, cuyo poderío le era odioso, por ser incompatible con sus proyectos de influencia preponderante en los asuntos de Alemania. Es verdad, en fin, que se ha manifestado contraria á la revolución de Julio en estos últimos tiempos; pero esto consiste en su temor de que la Francia recobrase sus fronteras del Rhin y su influencia en los Estados alemanes, y, sobre todo, en su no infundado temor de que recobrará su independencia la Polonia. Es decir, que mientras que las demás naciones se armaron contra la Francia en 1792 y en 1830 para sostener el principio monárquico contra el democrático, la Rusia se armó contra la Francia para llevar á cabo la empresa de su engrandecimiento, siendo para ella una cuestión de intereses materiales la que era para las demás una cuestión de principios políticos. Esto explica por qué el Emperador Alejandro fué el más templado y clemente, y el que manifestó menos encono contra las instituciones de la Francia después de conseguida la victoria. No podía ser de otra manera. Pues qué, ¿podía temer, por ventura, el Emperador Alejandro que se proclamase en San Petersburgo la soberanía del pueblo? ¿Podía temer ver rodeado su Trono de Asambleas deliberantes? ¿Podía temer que, en la vasta extensión de sus Estados, proclamasen su soberanía las Asambleas primarias, y su omnipotencia las secciones? Lo que el Emperador Alejandro deseaba era el engrandecimiento de la Rusia; lo que temía era el engrandecimiento de la Francia; si atacó su revolución, fué porque en su revolución victoriosa consistía su engrandecimiento.

De donde se deduce que la Rusia no está interesada en destruir la libertad en Europa sino en el caso en que la libertad vulnere de alguna manera sus intereses materiales; por-

que los vulneraba en 1830 y en 1792, la combatió en 1792 y en 1830. Si en 1838 la libertad política deja salvos sus intereses materiales, la Rusia no se levantará contra la libertad política de los pueblos. Ahora bien: esto es lo que sucederá, sin duda ninguna, en el caso en que la Francia se ligue con la Rusia en la cuestión del Oriente.

Con efecto: si la Rusia hasta ahora ha tenido fijos sus ojos en Alemania, y si ha procurado sacar provecho de las guerras continentales para acrecentar su influjo en Europa, esto consiste en que no habiendo llegado los tiempos de extender su dominación por las regiones orientales, porque la cuestión del Oriente no estaba tan adelantada que pudiera tener una solución próxima y decisiva, le era forzoso condenarse á la inacción, ó á dar un alimento á su actividad con su intervención en todas las cuestiones europeas. Pero llegado el caso supremo de elegir entre el cetro de Occidente, que no podría ser conquistado sino después de haber vencido en cien batallas á poderosas naciones, y el Cetro del Oriente, que aguarda que venga el que le ha de sostener de las regiones polares, la Rusia no vacilará un momento en abandonar sus proyectos ambiciosos sobre Alemania, torciendo su curso hacia Constantinopla y la India. Véase por qué, en el caso de que se ponga en tela de juicio la cuestión del Oriente, y en el caso de que, para resolverla en el sentido de sus propios intereses, cuente la Rusia con el apoyo de la Francia, la Francia no sólo conservará sus instituciones políticas, sino que podrá propagarlas sin peligro por los Estados alemanes, y defenderlas sin recelo en la península española; podrá defenderlas sin recelo y propagarlas sin peligro, porque la Rusia, que jamás temió á la libertad del Occidente sino como medio de acrecentamiento y de poder para la Francia, no la temerá de ningún modo cuando no se oponga á su desarrollo ese poder, ni á sus miras ambiciosas ese acrecentamiento.

Dos mundos deben ser regenerados: el Occidente y el Oriente; esos dos mundos serán regenerados por dos pueblos: la

Francia y la Rusia ¹; esos dos pueblos recibirán su fuerza de regeneración de dos diversos principios: del principio político, y del principio religioso. Rusia regenerará al Oriente con su Iglesia griega y con su absolutismo. El catolicismo y la libertad regenerarán al Occidente, siendo en él representados por la Francia. Cuando esos principios, inoculados en esos dos pueblos, estén en pacífica dominación de los dos mundos, entonces sin duda se encontrarán algún día en los límites de sus respectivas fronteras, y ese día será el gran día del combate; porque al fin, si la civilización es hasta cierto punto progresiva, y el género humano hasta cierto punto perfectible, fuerza será que en lo futuro el género humano obedezca á unos mismos principios políticos y á unos mismos principios religiosos, y que así para los hombres como para las sociedades sea una la pauta y una la ley. Si lo que es grande á un mismo tiempo y sencillo es digno de la Providencia, bien pudiera ser éste el plan de la Providencia, porque es sencillo á un mismo tiempo y es grande.

Habiendo sido el principal objeto de este artículo explicar la conducta bien ó mal entendida del Gabinete francés con respecto á nuestros asuntos interiores, y demostrar que esa conducta si puede explicarse no puede ser justificada, me parece oportuno hacer aquí un ligero resumen de cuanto he dicho hasta ahora, para que se descubra más claramente la ilación de mis ideas.

La alianza y las guerras generales de los pueblos son determinadas siempre por un principio dominante que no suprime á los demás, pero se los subordina. Desde la destrucción del Imperio romano hasta la paz de Westfalia, el dominante es el principio religioso. Desde la paz de Westfalia hasta la revolución francesa los intereses materiales son los que prevalecen, y la cuestión en Europa dominante es la del equilibrio

¹ Ni Rusia puede regenerar al Oriente siendo cismática, ni Francia al Occidente siendo su Constitución revolucionaria: el cisma y la revolución son estériles; más aún: son enemigos de la verdadera civilización. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

europeo. Con la revolución francesa comienza la preponderancia del principio político, cuya preponderancia, decadente ya en los últimos tiempos de la restauración de los Borbones, se afirma con la revolución de Julio. En esta época se quebrantaron todas las alianzas fundadas en intereses materiales, y se formaron otras nuevas fundadas en principios políticos. Los principios políticos debían prevalecer sobre los intereses materiales todo el tiempo que estuviesen amenazados los Tronos por la revolución, y la revolución por los Tronos. Al principio el riesgo de la revolución fué inminente, porque se coligaron contra ella todos los Soberanos del Norte, siendo también inminente el peligro de los Tronos, porque la revolución buscó su amparo en la propaganda francesa. En este tiempo de sumo peligro, la Francia *conspira* por la libertad española; disminuida la inminencia del riesgo, se nos ofrece con todos sus recursos; pasada su gravedad, *contrata*; y pasado el peligro de todo punto, se *abstiene*. En este tiempo, que es el que ahora corre, aceptados los Tronos por la revolución como hechos históricos, y la revolución por los Tronos como un hecho consumado, vuelven á prevalecer los intereses materiales sosegadas ya las tempestades políticas.

Supuesto este estado de cosas, el Gabinete francés ha raciocinado de esta manera: "Si la alianza española tuvo su fundamento en la preponderancia de los principios políticos sobre los intereses materiales, ahora que los intereses materiales vuelven á prevalecer sobre los principios políticos debe quedar de hecho rota esa alianza, como quiera que la Francia no debe obrar del mismo modo que cuando estuvo en peligro, cuando se encuentra segura." Este raciocinio sirve para explicar la conducta de la Francia; pero no siendo de buena ley, no la justifica.

Con efecto: es verdad que los intereses materiales vuelven á prevalecer en Europa sobre los principios políticos; pero como los principios políticos no dejan de existir porque los intereses materiales comienzan á prevalecer, la Francia tendrá